

SANTIAGO

Dentro.

¡Zi Dios quiere, Candelita, zi Dios quiere!

CANDELITA

Retirándose de la ventana.

Si querrá. ¿Por qué no ha de queré, si los dos queremos?

Al público.

La que quiera como yo,
sepa que yo le deseo
un novio de lo mejó;
torpe o listo, guapo o feo,
¡pero *sangre gorda* no!

FIN

Madrid, Abril 1909.

LO QUE TÚ QUIERAS

PASO DE COMEDIA

PERSONAJES

JOSEFINA.

RAMÓN.

CLARA.

LO QUE TÚ QUIERAS

Gabinete elegante en casa de Ramón, en Madrid. Sentadas puertas a derecha e izquierda. Sobre una mesita, un aparato de teléfono. Es de noche. Luces.

Suena insistentemente el timbre del teléfono.

A poco sale por la puerta de la derecha Ramón en traje de casa. Es hombre de mediana edad, contento de la vida.

RAMÓN

Hablando por el aparato.

—¿Quién? ¿Quién es? ¿Quién me llama?—¡Ah! ¡Federicol.—Bien, gracias, ¿y tú?—¿Y Aurora?—No, no salimos esta noche; podéis venir. Quería Finita que fuéramos a la Princesa; pero nos quedamos en casa.—A pesar del abono. Ya te explicaré.—No, no; no es cosa de salud... Es que no quiero encontrarme allí con un sujeto... Telforo, ¿sabes?...—¡Justamente! Muy quedo. Me espera con el sable afilado. ¡Y no tiene gracial Bajo la voz para que no se entere la Central.—

Ja, ja, ja! Así como así, yo celebro con este motivo acostarme temprano. Figúrate: como mañana tenemos que madrugar para la cacería...—¡Clarol Adiós. A los pies de Aurora. Deja el aparato. ¿Qué iba yo a hacer cuando llamó éste? Ah, sí. ¿Diego?

Se retira por dor. le vino.

Un momento después sale por la puerta de la izquierda Josefina, la dulce esposa de Ramón, llamada comúnmente Finita. Viste un elegante traje de teatro.

JOSEFINA

¿Con quién hablaría Ramón por teléfono? Esos amigos de la Peña y del Club no lo dejan. ¡Dichosas cacerías! Tanta pena como me dan a mí los animalitos... Y lo nerviosa que me ponen los disparos de armas de fuego. Estremeciéndose. ¡Ufl Le avisaremos a Encarnita. Toca el timbre del aparato telefónico y se dispone a hablar. ¿Central? ¿Central? Salamanca, 96. Hágame el favor. Deja el aparato, y va indolentemente a la puerta de la derecha. Desde ella mira al interior y dice con malicia diabólica. Me parece que Ramón se ha puesto el batín y las zapatillas. Vuelve al aparato llamada por el timbre que suena. ¿Es la casa de los señores de Garrido?—Bien; pues dígame usted a la señorita Encarna, de parte mía, de la señora de Suárez, que no deje de ir a la Princesa, que necesito verla allí esta noche.—Sí, sí; habrá recibido una esquila en que le digo que nos quedaremos en casa; pero luego he podido convencer al señor,

y por fin vamos al teatro. Dígaselo así a la señorita; que no falte.—Adiós.

Deja el aparato y vuelve a pasear indolentemente, tarareando una cancioncilla cualquiera.

Aparece en esto Ramón por la misma puerta que antes, y al ver a su esposa tan emperejilada, se queda de una pieza.

RAMÓN

¡Chical

JOSEFINA

¿Qué? ¿Te parezco muy guapa?

RAMÓN

No...

JOSEFINA

¿Cómo que no?

RAMÓN

Sí, muy guapa; pero no es eso.

JOSEFINA

Pues ¿qué es, que has puesto esa cara de asombro?

RAMÓN

Que me sorprende verte vestida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1006 MONTERREY, MEXICO

JOSEFINA

¿Iba a andar desnuda por la casa, Ramón?

RAMÓN

Medio desnuda vas, no te creas; porque el escotito...

JOSEFINA

Ah, ¿lo encuentras muy exagerado? No... La moda pícara. Pero si quieres me pondré una flor aquí en medio.

RAMÓN

No discutamos el escote ahora. ¿Por qué te has vestido, si nos vamos a quedar aquí?

JOSEFINA

¿Que nos vamos a quedar aquí?

RAMÓN

Sulfurándose.

Pero ¿te haces de nuevas, y de sobremesa lo co nvinimos?

JOSEFINA

No te enfades, Moncito; no te enfades.

RAMÓN

¡Adiós mi dinero!

JOSEFINA

¿Qué?

RAMÓN

¡Que me llamas Moncito!

JOSEFINA

¿Y qué?

RAMÓN

¡Que cuando me llamas Moncito y no Ramón!... ¡Le temo más a un Moncito tuyo!... ¡Pobre Moncito! Yo me entiendo.

Pasea.

JOSEFINA

¡Ay, Moncito, qué pronto te enfurruñas! Y no estoy yo para desplantes esta noche. ¡Me ha puesto más nerviosa el café!...

RAMÓN

Y a mí va a ponerme, Finita.

JOSEFINA

¿A tí? ¡Si tú no lo has tomado!

RAMÓN

¡El que has tomado tú!

JOSEFINA

Ah, ya... ¡Qué manera más delicada de decirme que sientes conmigo!

RAMÓN

¿Cómo no?

JOSEFINA

Ea, pues vamos a ver si nos explicamos. Empezando porque yo no he de hacer más que lo que tú quieras... Ramón la mira. Lo que tú quieras, lo que tú quieras. Yo entendí que tú, por no sé qué causa, preferías ir a otro teatro en vez de ir a la Princesa; pero que no saliéramos, no lo he entendido ni un instante. Vuelve a mirarla él. Nada, nada; ni un solo instante; no me echés esos ojos

RAMÓN

Está bien, Finita, está bien; será que hablo yo en griego y que oigo en chino; porque tú, después de mis razones, me has dicho que lo que yo quisiera, y que no saldríamos, y que nos quedaríamos encantados los dos, y que tú te alegrabas porque yo tenía que madrugar...

JOSEFINA

¿Sí, eh? ¿Yo he dicho todo eso? ¡Si seré distraída!... Y después de decir todo eso me he vestido para el teatro... ¡Si seré distraída!... ¡Lo que es la costumbre de los miércoles!

RAMÓN

No; no es la costumbre de los miércoles; porque la costumbre de los miércoles es que cenas ya vestida, pimpollo.

JOSEFINA

O que me vista luego; según. Decía yo lo de la costumbre de los miércoles, porque no sé qué le sucede a una que no piensa más que en el teatro cuando llega la hora, y parece como que todo la empuja al teatro. Pero, en fin, no hay que hablar más de ello. Yo no estaba en mí cuando te dije eso que tú dices que te dije de sobremesa...

RAMÓN

Eso que me dijiste.

JOSEFINA

Lo que tú quieras; eso que te dije y que yo no recuerdo. Yo no estaba en mí; pero no hay más que hablar del asunto: nos quedamos, ya que tu gusto es ese.

RAMÓN

Mi gusto, no, Finita.

JOSEFINA

Lo que sea, tonto.

RAMÓN

Lo que sea, no; lo que es.

JOSEFINA

¡Pues lo que es! ¿Y se puede saber lo que es? No te sofoques, hombre. ¡Qué poquísimo aguantate te ha dado Dios! Vamos a ver: ¿qué es? ¿Por qué no quieres llevarme a la Princesa esta noche, y prefieres que nos aburramos en casa? Entérame ya de una vez de ese tremendo obstáculo que impide—porque debe de ser tremendo—no te rasques—, de ese tremendo obstáculo que impide, sin justificación ninguna—no te pasees—, de ese tremendo obstáculo que impide que esta noche vayamos a la Princesa. No soples. Ramón sopla más. ¡No soples!

RAMÓN

Si no soplo, sorbo. ¡Algo necesito hacer con el aire!

JOSEFINA

¡Jesús! ¿Me habré casado con Eolo y no lo sabía? ¡Ja, ja, ja!

RAMÓN

Procurando reprimir sus nervios y hablar con calma.

Mira, Finita: te he repetido lo menos siete veces...

JOSEFINA

Y una más, ocho.

RAMÓN

No me interrumpas.

JOSEFINA

Perdona, Moncito.

RAMÓN

Ni me llames Moncito.

JOSEFINA

¿No me llamas tú a mí Finita?

RAMÓN

¡Bueno! Te he repetido siete veces...

JOSEFINA

Y ésta, ocho...

RAMÓN

Que un amigo mío, un buen amigo mío, que se juega hasta las pestañas, me aguarda esta noche en el teatro para darme un sablazo de cinco mil pesetas, con que salir de una deuda grave que tiene. Ya me ha dado varios, y no estoy por hacerle el juego más tiempo; pero me cuesta una violencia enorme decírselo a él cara a cara. Lo veo, se me aflige, se me echa a llorar, me invoca

la amistad de nuestros padres, que fueron como hermanos, y me saca las cinco mil pesetas. ¡Y no quiero, hija mía! ¿Hay o no hay razón para que nos quedemos esta noche sin el teatro, aunque sea miércoles?

JOSEFINA

Psché...

RAMÓN

¿Ah, psché?...

JOSEFINA

Sí... psché... En rigor, no la hay.

RAMÓN

¿Que no la hay? Pero ¿tú te figuras que yo soy Rothschild?

JOSEFINA

No; pero te caes de bobo, *Ra-moncito*. ¿Has oído el *Ra*?

RAMÓN

Sí, sí; lo he oído todo, *Jo-se-finita*.

JOSEFINA

Te caes de bobo. ¿No comprendes tú que ese amigo, que te conoce el flaco, te perseguirá a todos lados hasta sacarte las cinco mil pesetas?

RAMÓN

¡Quia! Es un caso urgente. Buscará esta noche otra víctima. Y yo mañana por la mañana me voy de caza.

JOSEFINA

¡Ay, los animalitos! No les hagas mucho daño, Ramón.

RAMÓN

Descuida. ¿Conque tengo o no tengo razón, amor mío?

JOSEFINA

Sí, sí; bien pensado... ahora que me entero... Porque lo que es antes no me enteré. Y que, aunque fuera un absurdo, un desatino, ¿qué importa? Es tu voluntad, es tu capricho, es tu mandato... ¿A qué estoy yo más que a hacer lo que quieras tú, lo que tú quieras?

RAMÓN

Me alegro de que seas tan razonable.

JOSEFINA

Ahora, que nos quedamos en casa con una condición.

RAMÓN

Tú dirás.

JOSEFINA

Ni gramófono, ni pianola.

RAMÓN

Bien.

JOSEFINA

Ni me has de leer los fondos de los periódicos.

RAMÓN

Conformes.

JOSEFINA

Estoy harta de frases: «¡Hacia la ruina!» «Inmoralidad y moralidad.» «¡Ellos y nosotros!» «¡El abismo a los pies!» Oye, qué feas son esas zapatillas.

RAMÓN

Tú me las compraste.

JOSEFINA

De día. Y con la luz artificial toman un color que subleva.

RAMÓN

¡Ay, ay, ay!

JOSEFINA

¿Qué hay?

RAMÓN

¡Nadal! ¡El abismo a los pies!

JOSEFINA

¡Quitate ahora mismo esas zapatillas, por Dios!

RAMÓN

¿Y tú, no te quitas ya el traje ese?

JOSEFINA

Primero tú las zapatillas.

RAMÓN

Anda, mujer, no seas machacona. Vístete de casa, y bajaremos un ratito al entresuelo.

JOSEFINA

Como picada de una avispa.

¿Al entresuelo?

RAMÓN

Sí.

JOSEFINA

¿Al entresuelo? ¡No, Ramoncito, no! ¡Eso sí que no! ¡Llévame a cualquier parte, si te has arrepentido de dejarme aquí; pero no me lleves al entresuelo!

RAMÓN

Basta, Finita; se acabó. No he dicho nada del entresuelo.

JOSEFINA

No, no se acabó; no se acabó, porque te conozco.

RAMÓN

¡Sí se acabó!

JOSEFINA

¡No se acabó!

RAMÓN

¡Pues no se acabó!

JOSEFINA

Me llevas a un *cine*, me llevas a un *café*, me llevas a cualquier teatrúcho; me llevas a la Plaza de Oriente, a coger frío: al entresuelo, no.

RAMÓN

Pero si yo no tengo empeño, muchacha...

JOSEFINA

¡Es que aunque lo tuvieras! ¡Qué familiar! ¡Qué gente!

RAMÓN

¡Dale, bola!

JOSEFINA

Me carga el padre, me carga la madre, me carga la suegra, me cargan las niñas, me cargan los muebles, me cargan los cuadros, me cargan los timbres... ¡No soples!

RAMÓN

¿Te vas a acatarrar?

JOSEFINA

¡No soples! Y, en fin, decidamos una cosa u otra. ¿Qué hacemos? Discurre algo, hombre de Dios. No te hagas la víctima inocente. Estás como un tomate; parece que te va a dar una congestión de un momento a otro...

RAMÓN

¡Y no es lo malo que lo parezca, sino que me dé!

JOSEFINA

No me asustes, Moncito. Anda, no seas malo. Discurre algo para pasar la noche. Yo estoy dispuesta a hacer lo que tú quieras.

RAMÓN

¿Lo que yo quiera?

JOSEFINA

Como siempre.

RAMÓN

Ya lo veo; sí. Pues si has de hacer lo que yo quiera, cámbiate de traje ahora mismo.

JOSEFINA

Después de mirarle las zapatillas.

Lo que tú quieras. ¿Cuál me pongo?

RAMÓN

El que más te agrade.

JOSEFINA

No, no; el que tú quieras.

RAMÓN

Pues el azul con los botones encarnados.

JOSEFINA

Te has ido a estrellar en el azul, que está en el tinte.

RAMÓN

¡Mire usted por dónde!... Pues ponte el otro: el verde con los botones negros.

JOSEFINA

También está en el tinte. ¿Es desgracia?

RAMÓN

¡Caray! ¿Cuál no está en el tinte?

JOSEFINA

Ninguno más.

RAMÓN

Pues ponte uno cualquiera de los otros.

JOSEFINA

¿Te gusta el morado?

RAMÓN

¿El morado? Mira: es el que más me va esta noche. Póntelo.

JOSEFINA

Como tú quieras. Ahora mismo. Vendré con el traje morado, y luego haremos lo que tú quieras, lo que tú quieras y lo que tú quieras.

Desde la puerta de la izquierda le sopla un beso, y se va después.

RAMÓN

¡Ay, Moncito!... ¡Moncito!... ¡Moncito!...

Por la puerta frontera llega Clara con los periódicos de la noche.

CLARA

Señor: los periódicos.

RAMÓN

Déjelos ahí. Y vaya usted al tocador de la señora, que se va a mudar de vestido.

CLARA

¿No van los señores al teatro?

RAMÓN

No.

CLARA

¿Que no?

RAMÓN

¡Que no!

CLARA

¿Se ha puesto mala la señora?

RAMÓN

No.

CLARA

¿Y el señor?

RAMÓN

No.

CLARA

¿Que no?

RAMÓN

¡Que no! Ande usted a lo que le he dicho.

A una mirada de ella a sus pies. ¿Tampoco le gustan a usted las zapatillas?

CLARA

Yo no he abierto mis labios, señor; pero ya que el señor me lo pregunta, sepa el señor que todo lo contrario: que me tienen enamorada. ¡Como que le pienso comprar unas iguales a mi Saturnino!

RAMÓN

¿Ah, sí? ¡Pues yo le regalaré a usted éstas... y todos contentos!

CLARA

Muchísimas gracias.

RAMÓN

No hay de qué. Vaya usted, vaya usted ya con la señora.

CLARA

¿Despido el coche, entonces?

RAMÓN

Sí.

CLARA

¡Pobre señora! ¡Qué contrariedad!

RAMÓN

¡No es cuenta de usted!

CLARA

Hablaba para mí, señor.

RAMÓN

Pues otra vez hable usted más bajo.

CLARA

Perdone el señor.

Vase por la puerta de la izquierda.

RAMÓN

¡Qué mujer más simple! Compadezco al heredero de mis zapatillas. ¡Y Finita hechizada con sus simplezas! Coge los periódicos y ojea los fondos. «¡Pobre Español!» «¡Prevaricación e hipocresía!» No soples, Moncito. «El cráter del volcán.» ¡Vaya! Que no los vea siquiera, porque volveremos a empezar, y ya parece que ha pasado la nube.

Los oculta. Vuelve Josefina. Trae puesto, sobre el traje que se llevó, un abrigo adecuado y un adorno en el pelo.

JOSEFINA

Chico, no me decido a desnudarme: me voy a enfriar.

RAMÓN

Desesperado, considerando perdida la batalla.

¡Oh!

JOSEFINA

La dichosa calefacción de mi departamento no existe. O está descompuesta.

RAMÓN

¡Y te has puesto eso en la cabeza para abrigarte!

JOSEFINA

Ah, ¿me he puesto...? ¡Pero qué distraída soy!... Chico, allí dentro no se puede parar... Mi tocador es una nevera.

RAMÓN

Sí; pero supongo que hará menos frío que en la Plaza de Oriente, adonde querías que te llevase...

JOSEFINA

Que me llevases a dar un paseo; no a mudarme de ropa. Cuando te pones así no sabes lo que dices.

RAMÓN

¡No!

JOSEFINA

¿Te has incomodado?

RAMÓN

¡Quí!

JOSEFINA

Pues tienes las orejas rojas como pimientos.

RAMÓN

¡Las mandaré al tinte también!

JOSEFINA

¡Ay, qué chuscol! Ahora me has hecho gracia, Moncito.

RAMÓN

¡Como que yo los miércoles tengo mucha gracia!

JOSEFINA

¡Los miércoles, dice! ¡Pues sí que tienes gracia!

RAMÓN

¡A raudales!

Pausa. Se sientan los dos rumiando su monólogo. Se miran luego. Atraviesa la escena Clara, contemplándolos. Muy sonriente, se atreve al cabo a preguntar.

CLARA

¿Despido o no despido el coche?

JOSEFINA

¡Claro que sí! ¿No le ha mandado a usted el señor despedirlo? ¡Aquí no se hace más que lo que el señor mandal

CLARA

Está bien.

Vase por la puerta de la derecha.

JOSEFINA

¿Hay mujer más entrometida? Si no me la hubiese recomendado tu hermana Gloria, ya la habría plantado en la calle.

RAMÓN

Ah, pues si no es más que por eso, plántala. Yo hablaré con Gloria.

JOSEFINA

Sí; con el genio que tiene... ¡En seguida me busco yo un disgusto de familia por una cosa así!

RAMÓN

Tú eres muy sensata.

Pausa. Cada uno tararea una musiquilla.

JOSEFINA

Taratarí, taratarí...

RAMÓN

Taratará, taratará...

JOSEFINA

¿Te aburres?

RAMÓN

No.

JOSEFINA

Yo, sí.

RAMÓN

Lo siento. Ya no te distraes a mi lado.

JOSEFINA

No creo que estés haciendo juegos malabares para distraerme.

RAMÓN

No.

JOSEFINA

Nos acostaremos tempranito, como en los pueblos.

RAMÓN

Sí.

JOSEFINA

¿Sí?

RAMÓN

Sí. ¿Qué hora será?

JOSEFINA

La que tú quieras.

RAMÓN

Muy amable.

Nueva pausa.

JOSEFINA

La verdad es que por aburrida que sea la obra de la Princesa... ¿Tú tienes la seguridad de que va ese amigo tuyo esta noche?

RAMÓN

¡Absoluta!

JOSEFINA

¿Quién te lo ha dicho?

RAMÓN

¡El bolsillo, en primer lugar! Sobre que es abonado, nena.

JOSEFINA

¿No lo eres tú y no vas, nene? Yo creo que ese hombre, en todo caso, al llegar al teatro a primera hora y no verte allí, se ha marchado a ver si da contigo en otra parte. O es una urgencia, o no. Como que estoy tentada de pensar que a estas horas en ningún sitio puedes estar tú más seguro de que no te encuentre que en la Princesa. Ramón se levanta de un salto. ¿Adónde vas? Ya te he dicho que discos, no.

RAMÓN

¡Pues aplicate el cuento, mi vida!

Pasea muy nervioso.

JOSEFINA

¡Qué bien te sacó el sastre el último frac! Te favorece mucho al cuerpo... ¿Qué haces con los brazos?

RAMÓN

¡Gimnasia sueca!

JOSEFINA

¡Ja, ja, ja! Como reflexionando. Verdaderamente que es una lástima. Porque la comedia que nos dan esta noche dicen que es preciosa. ¡Y que está puesta con un lujo!... ¡Unos trajes, unas decoraciones!... ¿Has leído en el periódico que hoy van los reyes? Y la piecilla del final creo que es para morir de risa...

RAMÓN

En casa, ¿hay sinapismos?

JOSEFINA

¿Lo preguntas por mí?

RAMÓN

¡Lo pregunto porque los voy a necesitar!

JOSEFINA

¡Ay, qué graciosa! Sí que tienes gracia los miércoles, Moncito.

RAMÓN

¡Hoy debe de ser martes, 13!

JOSEFINA

Por cierto que estoy en Belén. Tengo que telefonarle a Encarnita que no me espere; que no vamos a la Princesa.

RAMÓN

Ya ella lo habrá advertido.

JOSEFINA

¡Es verdad! ¿Cómo es posible que esté a estas horas en su casa? Pues esto sí que es grave: ¡el susto que se va a llevar, habiéndole yo dicho que iré sin falta, cuando se encuentre nuestro palco vacío! ¡Jesús, Jesús! ¡No quiero ni pensarlo! ¡Con la imaginación que tiene esa criatura! Lo menos que piensa es que hemos chocado en el automóvil y que nos hemos hecho astillas. ¡Jesús, Jesús! ¡Tan delicada de los nervios como está la pobre!... ¡Jesús, Jesús! ¡Qué responsabilidad para nosotros!

RAMÓN

¡Basta, Finita; basta ya!

Estallando.

JOSEFINA

¿Qué?

RAMÓN

¡Basta ya! Se acerca a la puerta de la derecha y llama con voz estentórea. ¡Diego!

JOSEFINA

¿Eh?

RAMÓN

¡Diego!

JOSEFINA

No des voces, hombre.

RAMÓN

Más fuerte aún.

¡Diego! ¡Sácame el frac, y la camisa, y los calcetines, y los zapatos!

JOSEFINA

Pero ¿te vas a vestir, Moncito?

RAMÓN

¡Naturalmente!

JOSEFINA

¿Para qué?

RAMÓN

¡Para ir a la Princesa contigo, paloma!

JOSEFINA

¿Vamos a ir, por fin, a la Princesa? ¿Ya no le temes a tu amigo?

RAMÓN

¡Te temo mucho más a tí! ¿No comprendes, Finita, que si nos quedamos en casa voy a tener el recuercito de esta escena adorable hasta el día de mi muerte, que será algunos años antes que la tuya?

JOSEFINA

Poco a poco, Moncito; poco a poco. Alharacas y supercherías, no. Yo soy muy pacífica y muy clara. Si me llevas a la Princesa, es por tu gusto; porque quieres tú.

RAMÓN

Pero ¿cómo ha de discutirse eso? ¿Hay más que haber oído nuestra conversación? Vamos a la Princesa porque yo quiero, nada más; ¡nada más que porque yo quiero!

JOSEFINA

Cabalito.

RAMÓN

Tengo ahora mismo una viva satisfacción en ponerme ese frac que me hace tan buen cuerpo; y como ya se habrá ido nuestro coche, es para mí un placer indefinible tomar un pesetero, donde podemos coger desde una pulga hasta las viruelas. Además, llegar tarde al teatro y enterarme a medias, me colma las medidas del gusto; y si en el teatro me pesca el amigo de marras, que me pescará, y tengo que darle las cinco mil pesetas, mi placer tocará en lo voluptuoso. ¿Puede dudar nadie de que vamos a la Princesa porque quiero yo? Voy a vestirme sin perder un minuto. ¿Qué botonadura me pongo?

JOSEFINA

¡La que tú quieras!

RAMÓN

¡Encantado!

Vase por la puerta de la derecha, por no ahogar a Finita.

JOSEFINA

¡Ay!... Durillo de pelar estaba... Pero lo pelé. Por la misma puerta de la derecha vuelve Clara, con cara de satisfacción. Se queda mirando a Josefina. ¿Qué? ¿Por fin no despidió usted el coche? Clara niega con la cabeza, sin dejar de sonreirse. Ha hecho usted muy bien.

CLARA

¿No ve la señora que una ya conoce la casa? Desde el primer momento comprendí yo que el señor había de empeñarse en llevar a la señora al teatro.

JOSEFINA

¡Y lo ha conseguido! Tráigame usted mi bolso.

CLARA

Al instante.

Vase por la puerta de la izquierda saboreando su triunfo.

JOSEFINA

¡Ay!...

Los hombres, ya corderos o ya fieras, harán siempre, mujer, lo que tú quieras.

FIN

Madrid, Marzo 1917.